



Reseña:

Croce, Marcela (compilación e introducción). *Latinoamericanismo. Canon, crítica y géneros discursivos*, Buenos Aires, Corregidor, 2013.

Comparar en América Latina: un verbo que se flexiona en futuro

Solange Victory¹

El comparatista latinoamericano ideal tiene una fe laica en la unidad primitiva del territorio que se extiende entre México y Tierra del Fuego. Acosado por el *diábolon* de la dispersión, responde con el acecho del *symbolon*, a veces forzado porque su enunciación es más programática que empírica (Croce, 2013: 16).

Latinoamericanismo. Canon, crítica y géneros discursivos realiza, en su escritura, un acto de fe y se trasciende a sí mismo mediante un propósito que si como ambición puede sonar desmedido, no por eso deja de ser provocativo: la utopía de la unidad latinoamericana. Siempre proyecto con flexión en futuro, es un desafío antes que una confirmación y así se enuncia desde la introducción,

¹ **Solange Victory** (1990) es estudiante avanzada de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires, becaria de grado del Consejo Interuniversitario Nacional y adscripta a la cátedra de Problemas de Literatura Latinoamericana “A” de la UBA. También participa como investigadora del proyecto UBACyT “Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña”.

donde el libro plantea la necesidad de que surja una “teoría original” para nuestro continente, producida desde la misma Latinoamérica.

Este libro es el cierre de una trilogía conformada también por *Latinoamericanismo. Historia intelectual de una geografía inestable* (Simurg, 2010) y *Latinoamericanismo. Una utopía intelectual* (Simurg, 2011); que es el corolario del trabajo de casi diez años de un numeroso grupo de investigadores parcialmente financiado por un proyecto UBACyT. En este volumen, once de ellos² se encargan por separado de los diversos artículos que conforman el libro. El afán interdisciplinario define el proyecto del equipo, que si bien está formado en su mayor parte por especialistas de las Letras, hace suyo el empeño de Ángel Rama “en contextualizar permanentemente [...], que descrea de la convicción crítica de reducir todo a discurso, indagando el carácter performativo de las obras a través de la representación discursiva de lo que ocurre fuera de ellas” (149). En conjunto, *Latinoamericanismo...* aboga por una definición amplia de lo latinoamericano, que incluye a los siempre tan desdeñados territorios del Caribe y Brasil; y se propone estudiar los diferentes fenómenos políticos y las formulaciones culturales que derivaron en una posible y siempre inestable definición de aquello que denominamos “Latinoamérica”.

El enfoque que permitiría lograr esa pretendida “teoría original” latinoamericana es el de las literaturas comparadas. En este punto, el planteo se abre a una serie de problemáticas: ¿Cómo puede una disciplina como el comparatismo, de origen europeo y fuerte raigambre norteamericana, servir para pensar “lo propio” latinoamericano? ¿De qué modo sirve el enfoque comparatista al pensamiento de una posible unidad latinoamericana? ¿Qué tipo de perspectiva toman los autores de este volumen dentro de la amplitud de enfoques que las literaturas comparadas han propuesto a lo largo del tiempo y en los diferentes países?

Consciente de estos conflictos y preguntas, es en la introducción donde *Latinoamericanismo...* intenta dar respuestas. Sin desconocer el origen europeo

² Ellos son: Marcela Croce, Romina Giacosa, Mariano Véliz, Nora Fernández, Facundo Gómez, Florencia Viterbo, Pablo Nicotera, Mercedes Alonso, Lucas Panaia, María Paula Daniello y Norberto Gugliotella.

de esta disciplina, se propone un ejercicio de comparatismo *desde* Latinoamérica, en el que conceptos como el de “transculturación” permiten llevar adelante la voluntad de generar una teoría original que no excluye lo “ajeno” sino que supone que en Latinoamérica lo “ajeno” no puede sino ser reelaborado como propio, produciendo, en esa apropiación peculiar, un producto necesariamente original que descrea de las divisiones entre el modelo y la copia. Para mayores precisiones, es necesario remitirse al primer volumen (*Latinoamericanismo. Historia intelectual de una geografía inestable*) donde Croce propone la tergiversación de “la metodología de los centros imperiales” (Croce, 2010: 11) para lograr sacar a Latinoamérica de la posición subordinada que tiene en los estudios comparativos realizados desde las metrópolis. Para ello, asevera, es necesario tanto eliminar “la categoría colonial de influencia” (11) como rechazar la homogeneidad atribuida al continente en nombre de una heterogeneidad restituida por sus propios protagonistas.

La comparación es pensada en este volumen como medio para lograr un fin (al menos en el plano cultural o intelectual): la vinculación intercontinental, que se presenta como un deseo de los autores. De esta manera, la apelación a la literatura comparada en este libro remite directamente a los cultores de la unidad latinoamericana, que en sus deseos de supranacionalidad lograron desarrollar una metodología necesariamente comparada. Es de estos “utopistas” anteriores de donde *Latinoamericanismo...* toma las fuentes y referentes de este comparatismo peculiar. Croce enumera en la introducción a Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas, Antonio Cándido, entre otros. También se cita a Claudio Guillén, a quien se apela como “la figura finisecular más significativa en el comparatismo de raíz latina” (Croce, 2013: 13). Asimismo, el libro dedica dos extensos estudios a la obra de Ángel Rama, otro de sus referentes. El concepto de transculturación, en tanto “proceso de modernización mediante el cual una literatura hasta entonces marginal [...] logró procesar y seleccionar influencias, usarlas en su provecho para elaborar productos intelectuales y artísticos” (Ruffinelli *apud* Croce, 2013: 154) es central para el comparatismo que *Latinoamericanismo...* busca practicar, dado que, por

el intercambio entre lo propio y lo ajeno que propone, ya es de por sí una categoría que apela a lo comparado.

El resto de los capítulos, no hace aseveraciones explícitas de método sino que se limita a realizar ejercicios comparativos entre los polos de diversas “intersecciones” (como se las llama en la introducción): de América Latina con Estados Unidos, de América Latina con Europa y de las diferentes naciones que conforman América Latina entre sí. Estas interrelaciones se estudian en términos de comparaciones entre proyectos editoriales y críticos, géneros discursivos y fenómenos tanto literarios como socio-políticos.

El proyecto de unidad latinoamericana que sostiene el libro contiene una dimensión utópica que lo torna difícil de sostener a primera vista. “No es relevante si alguna vez América Latina fue una unidad” – asegura Croce – “sí lo es que pueda conseguir ese estatuto” (Croce, 2013: 16). Éste es el aspecto que puede resultar más controvertido del planteo de *Latinoamericanismo...* y el libro lo resuelve de un modo no menos polémico. Como enuncia la cita que abre esta reseña, el comparatista latinoamericano debe tener una “fe laica en la unidad primitiva del territorio que se extiende entre México y Tierra del Fuego” (16). Es decir, Croce en la introducción propone creer en esa premisa (a priori arbitraria, pero conscientemente arbitraria) para que la productividad del comparatismo “latinoamericano” pueda desplegarse. Para afirmarlo, se basa nuevamente en Claudio Guillén cuando dice que una de las tendencias de las literaturas comparadas piensa que es legítimo comparar dos literaturas aun cuando no han tenido relaciones históricas (17) y justifica esta arbitrariedad mediante un ardid borgeano. Recuerda el cuento “El impostor inverosímil Tom Castro” de *Historia universal de la infamia* para establecer una analogía entre el engaño que lleva adelante el personaje y la posibilidad de comparar (fenómenos literarios, políticos, editoriales, críticos) entre los países de Latinoamérica: “la diferencia abismal, [...] garantiza que el parecido sea salteado en beneficio de una identidad sin fisuras” (17), identidad que sin embargo no desconoce las diferencias sino que compara e integra a partir de ellas, y de allí su carácter paradójico (Cf. 18).

Latinoamericanismo... se divide en cuatro grandes capítulos que a su vez están subdivididos en artículos más breves. El primero, “De la Doctrina Nixon a

la Doctrina Carter (1973 - 1981)” recorre algunos acontecimientos históricos clave del subcontinente que permitieron pensar, a nivel político y cultural, una posible unidad latinoamericana. En primer lugar, se dedican tres artículos a México que indagan el proceso de desilusión o fracaso de la Revolución tal como se evidencia en las diferentes revisiones de la misma desde el cine militante de Raymundo Gleyzer y en la masacre de Tlatelolco. Luego, se dedican algunas páginas al proyecto de la Biblioteca Ayacucho de Ángel Rama, en íntima relación con la financiación permitida por los “petrodólares” que llegaban a Venezuela como principal surtidor de petróleo de EE.UU. En los últimos cuatro subcapítulos la preocupación se desplaza hacia Centroamérica y el Caribe: a partir del análisis de la Revolución Cubana, los artículos se ocupan de lo que fueron las diversas intervenciones de EE.UU. sobre ese sector para frenar el posible avance del comunismo. Se recorren los procesos de El Salvador, Panamá (separado espuriamente de Colombia para permitir la construcción de un canal interoceánico al servicio y bajo la égida del imperio norteamericano) y la dictadura de los Somoza (padre e hijo) en Nicaragua.

El segundo capítulo, titulado “Recorridos culturales: en busca de una formulación original”, reúne artículos que se nuclean en torno a una misma preocupación temática: recorrer algunas formulaciones teóricas, críticas y filosóficas que buscaron o bien pensar la originalidad latinoamericana o bien definir un pensamiento latinoamericano original. De esta manera, dedica un artículo a la recepción del estructuralismo y del posestructuralismo en la región, otros dos al poscolonialismo que tiene en Edward Said uno de sus mayores exponentes, uno al policial y a la crónica como géneros que adquieren una variante “politizada” en América Latina, y uno a las migraciones intelectuales de latinoamericanos a EE.UU. Asimismo, este capítulo incluye un extenso y ya citado estudio sobre Ángel Rama, figura fundamental en el proyecto de todo el libro, donde se resalta ante todo la importancia del concepto de “transculturación” para la definición continental independiente, es decir, como un modo de explicación de las maneras de apropiación de los países con culturas “derivativas”. La transculturación es entendida aquí como una versión optimista

de la heterogeneidad o, como se formula en la introducción, una “versión gozosa” de la “angustia de las influencias” de Harold Bloom (16) que permite “unificar” sin “uniformar”, es decir, “buscar un denominador común sin arrasar las diferencias” (134).

En el capítulo “Del espectro rojo al enemigo sin nombre (1981-1989)” se retoma la lógica cronológica para ocuparse del período que reúne la aparición, el desarrollo y la caída de las diversas dictaduras que asolaron el subcontinente. Un extenso subcapítulo se dedica a estudiar el género “novela de dictadores” como variante surgida específicamente en la región y revisa las novelas más representativas del espectro. Asimismo, el capítulo se ocupa del proceso por el cual, luego de las dictaduras y tras la caída del Muro de Berlín, el modelo neoliberal se extendió por el mundo. A partir de esta exposición más global, el análisis se centra en las políticas internacionales que permitieron que este fenómeno se produjera también en Latinoamérica. Como parte de este proceso, el capítulo incorpora un estudio del desarrollo urbano en Latinoamérica, recorriendo sus principales metrópolis a partir de la lectura de algunas novelas emblemáticas como *Las islas* de Carlos Gamerro o *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo.

En esta sección aparece fuertemente presente un aspecto que es una constante en todo el libro y constituye uno de sus hilos argumentales: las relaciones de América Latina con Estados Unidos y su modelo imperialista de avance sobre el resto del mundo. Habría en este interés una convicción: la identidad latinoamericana necesita para definirse del aspecto negativo o del contrario que representan los avances yanquis. Es interesante, en este sentido, detenerse sobre la presencia en el libro de artículos que hablan sobre los conflictos de EE.UU. con Medio Oriente, el nuevo sector mundial en el que Norteamérica posó su mirada para lograr la hegemonía en el siglo XXI. Como si ese ser blanco de la rapacidad nortea fuera un punto de coincidencia y acercamiento entre la identidad latinoamericana y la oriental.

No es extraño, entonces, que la voluntad de pensar el “latinoamericanismo” se ponga en paralelo con los intentos de Edward Said de definir el “orientalismo” como una construcción, primero, realizada desde los

propios centros occidentales y, luego, como un plan a realizarse desde el propio Oriente o sector marginal. Esa es también la preocupación en este libro: poder pensar una teoría propia para Latinoamérica desde Latinoamérica y, en este sentido y a pesar de la primera aproximación, también Said y su teoría poscolonialista reciben duras críticas. Si bien se reconoce que el poscolonialismo surge como un proyecto de relato emancipador, *Latinoamericanismo...* considera que se trata de una teoría que acarrea mucho de lo que dice combatir, se regodea en la jerga y en la dificultad de su expresión, y cae en la simplificación (Cf. 117). Sobre todo, se critica el hecho de que a pesar de que el poscolonialismo busca liberarse de la “decisiva influencia” (118) que el discurso del poder tiene en la constitución de los discursos de la resistencia, no escapa a ella dado que su enunciación y su difusión frecuentemente se hacen desde los centros imperiales, es decir, las llevan adelante los “colonizados”, pero desde y con el aval de las universidades norteamericanas y europeas. El ejemplo más paradigmático de esto es el propio Said, que ocupa un puesto en la cátedra de literaturas comparadas de la Universidad de Columbia.

Por otra parte, también se critica al poscolonialismo el hecho de ser una teoría inocua frente a otras anteriores. El ejemplo dado es el ya citado concepto de “transculturación” de Ángel Rama, que ya permite entender cómo actos de resistencia se conjugan con movimientos de acomodación en el mundo colonial (Cf. 119). Esta categoría fue desarrollada dos décadas antes del surgimiento de la teoría poscolonial (y de, por ejemplo, una categoría como la de “*mimicry*” o “imitación diferencial” de Homi Bhabha). Finalmente, *Latinoamericanismo...* considera que el poscolonialismo es una teoría meramente reactiva a los principios imperiales y propone, en cambio, lo que se autodenomina una teoría paradójica, la cual supone una dialéctica más compleja entre lo propio y lo ajeno.

Finalmente, el último capítulo, “El imperio contraataca (1989-2012)” se dedica a las más recientes arremetidas del imperio norteamericano para posicionarse como potencia mundial indiscutida tanto en Medio Oriente como en América Latina con el proyecto conocido como ALCA. El final es esperanzador: estudia las contraofensivas de Latinoamérica mediante proyectos

como el MERCOSUR, el ALBA o UNASUR como intentos contemporáneos de crear una posible unidad latinoamericana. El libro llega en su análisis muy hasta el presente con la atención a los gobiernos de “Lula”, Evo Morales y Hugo Chávez, y el análisis del modelo político populista. Completan el capítulo un artículo largo y de índole más general sobre la función del intelectual en Latinoamérica a partir de la década del 60, en relación al auge de los medios masivos de comunicación.

Latinoamericanismo... se presenta de esta manera como un buen panorama sobre los fenómenos subcontinentales “desde la masacre de Tlatelolco hasta la contemporaneidad más estricta” (contratapa) y realiza un trabajo de lectura que no solo sistematiza muy bien las diferentes visiones y estudios al respecto sino que también vislumbra y produce relaciones entre los países latinoamericanos, logrando de ese modo la realización de la unidad deseada. Este recorrido amplio y esta voluntad unificadora dejan al lector con ganas de profundizar, de seguir leyendo e indagando las fuentes por su cuenta.

Bibliografía

Croce, Marcela (compilación e introducción). *Latinoamericanismo. Canon, crítica y géneros discursivos*, Buenos Aires, Corregidor, 2013.

—. (ed.), *Latinoamericanismo. Historia intelectual de una geografía inestable*, Buenos Aires, Simurg, 2010.